

La última hora de Caridad Mercader

Como respuesta a la solicitud de colaboración en nuestra revista que le formulamos al destacado narrador Leonardo Padura, este tuvo la gentileza de remitirnos la siguiente crónica, que constituye una nueva versión del texto original, dado a conocer el año pasado por la agencia de noticias IPS. En gran medida este trabajo viene a ser también un resultado parcial de las investigaciones históricas que llevó a cabo con el fin de escribir una novela, ya en fase de terminación, sobre Ramón Mercader del Río, asesino del revolucionario ruso León Trotsky.

Por LEONARDO PADURA

A diferencia de los de Père-Lachaise, Montmartre y Montparnasse, el también parisino cementerio de Pantin no puede exhibir una nutrida lista de celebridades que hayan hecho de él su última morada. Su ubicación, en el borde noroeste de la ciudad, y la falta de mausoleos elegantes y personalidades ilustres en igual densidad a la que muestran los otros tres famosos camposantos de la capital francesa, se advierte desde que el visitante traspone los muros de Pantin: sus muertos solo reciben las visitas de los que los quisieron en vida y no las de curiosos turistas, que muchas veces ni siquiera saben de la existencia de esta necrópolis.

Profusamente arbolado por castaños de Indias y ciruelos japoneses, quizás lo más impresionante del cementerio de Pantin sean los enormes cuadrantes donde yacen soldados y civiles víctimas de las guerras mundiales. Las pequeñas lápidas colocadas sobre la tierra, en una imagen similar a la que recorrió el mundo en el filme de Steven Spielberg

Salvar al soldado Ryan, son modestas y están mohosas, aunque sobre ellas ondee una bandera francesa.

Si recientemente visité el cementerio de Pantin es porque en un rincón apartado de su territorio yace un personaje de los más tétricos, misteriosos y peculiares del siglo XX. Aunque su nombre quizás no diga nada a la mayoría de las personas que hoy habitan el planeta, apenas con mencionarlo y gracias a la informática y la eficiencia del empleado que trasiega con las ubicaciones y destinos de los muertos de Pantin, el nombre de Caridad del Río Hernández se convierte en una parcela, una fila, una tumba y, sobre todo, en una inquietante pregunta que el empleado, con cierta esperanza que no logra ocultar tras su cara de



Caridad Mercader en México, en 1936.

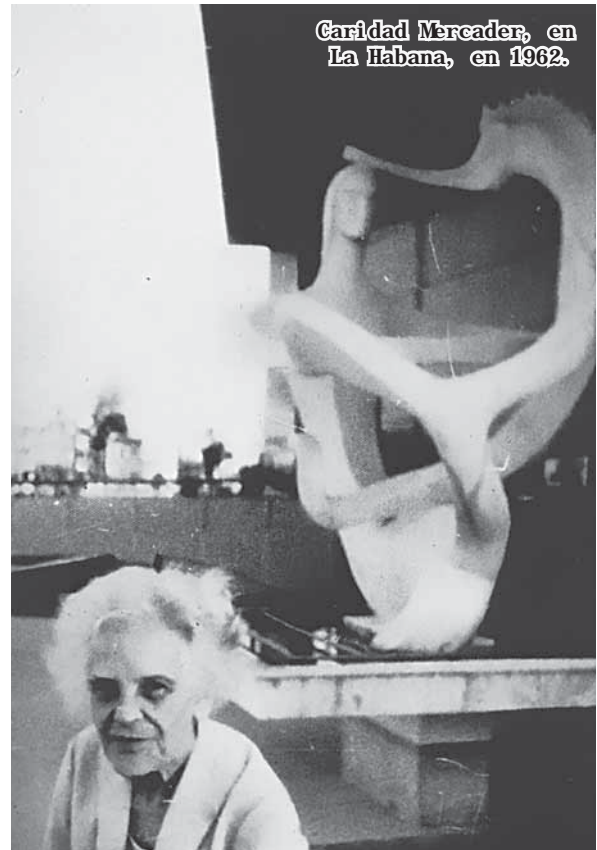
eficiente empleado, formula al buscador de tumbas: “¿Es usted familia de esa persona?”. Desde que hace varios años el empleado comenzó a hacer esta pregunta a los extraños y contados interesados en esa precisa tumba, nadie le ha respondido afirmativamente y una de las razones es que, al parecer, nadie quiere ser familia de la tal Caridad del Río Hernández, también conocida en su momento como Caridad Mercader.

Según reza en la tapia de granito de la tumba que comparte con su yerno Jacques Dudouyt, Caridad del Río nació en Cuba en 1892 y murió en París, en 1975. Pero a lo largo de esos años, la mujer que yace en la tierra de Pantin forzó al destino hasta llegar a colocarse en uno de los recodos más extraños y sórdidos de la historia del siglo pasado. Su apoteosis ocurrió justamente el 20 de agosto de 1940, en el remoto barrio mexicano de Coyoacán, cuando uno de sus hijos, llamado Ramón Mercader del Río, asesinó al líder comunista León Trotsky, cumpliendo órdenes del líder comunista José Stalin. Caridad del Río no solo había sido quien educó a su hijo en el odio y lo puso en contacto con los oficiales del tétrico NKVD soviético encargados de concebir y ejecutar el asesinato, sino que lo alentó e impulsó en su misión hasta esa misma tarde del 20 de agosto, cuando a bordo de un auto y en compañía del creador del plan, vio entrar a Ramón Mercader en la casa de Trotsky y en las cloacas de la historia del siglo.

Española de nacimiento (al nacer, Cuba era aun colonia de España), catalana de formación, francesa de gustos, soviética de nacionalidad, Caridad del Río prestó aquel día un servicio por el cual recibiría de manos de Kalinin, jefe del Estado soviético, la Orden de Lenin y, hasta su muerte, la gratitud del país por el cual había inducido a su hijo a convertirse en uno de los criminales menos conocidos y más trascendentes de la historia. Asentada en París desde los años 40, donde presumiblemente se empeñó en seguir trabajando para los órganos de espionaje soviéticos, ni siquiera la muerte de Stalin, la caída de Laurenti Beria y el deshielo de Jruschov afectaron su status, convertido en un

salario de por vida que le permitiría vivir holgadamente en la capital francesa. A diferencia de tantos otros agentes purgados y encarcelados, Caridad del Río tuvo el privilegio de ver en vida cómo la gratitud de sus empleadores pasaba por encima de recitaciones y rehabilitaciones, y se mantenía, silenciosa pero firme, hasta que la heroína de la URSS exhaló su último suspiro bajo la foto de Stalin que colgaba de una pared de su cuarto y la embajada soviética en París se hiciera cargo de los funerales y el entierro, en una parcela de Pantin.

Al llegarles a ambos la hora de la muerte, Caridad tuvo más suerte que su hijo. Ramón Mercader, quien moriría tres años después, sería silenciosamente enterrado en el cementerio de Kúntsevo (muy cerca de la famosa *dasha* donde Stalin planeó y ordenó el asesinato de Trotsky y de tanta, tanta otra gente), sin que sobre la losa se grabara su nombre: hasta hace unos pocos años solo fue Ramón Ivanovich López, un anónimo héroe de la URSS. En cambio, Caridad del Río fue enterrada como tal y a su funeral asistieron unos pocos familiares y varios funcionarios de la legación soviética. Pero desde entonces la historia dio una voltereta y ahora Ramón, con su verdadero nombre grabado en el borde inferior del monolito de mármol sobre el que se enmarca incluso su retrato de asesino, todavía recibe flores de secretos y nostálgicos admiradores de su acción homicida e inútil. La tumba de Caridad, en cambio, exhibe la desolación de la muerte y la más triste, la del olvido. Peor aún: según el decepcionado empleado del camposanto de Pantin, sobre la tumba de Caridad se cierne un destino incierto. Cuando iba a salir del cementerio todavía me acompañaba la



Caridad Mercader, en La Habana, en 1962.

extraña pregunta del empleado y decidí regresar a la oficina para saber la causa por la cual aquel hombre indagaba si alguien era familiar *precisamente* de Caridad del Río. El empleado, sin muchos deseos, me contestó que el contrato del espacio para la tumba, hecho por treinta años, había vencido el 28 de octubre del 2005, y que, de no presentarse una renovación antes del 28 de octubre del 2007, los restos de Caridad y de su yerno serían sacados y colocados en un osario. A la pregunta de quién había pagado el contrato inicial, el empleado se disculpó, pues no podía darme esa información. Pero vi en sus ojos que conocía perfectamente la respuesta que yo también conocía: la embajada de un país que ya no existe. Como aquel país, el mismo para el que trabajó Caridad del Río y por el que mató su hijo, Ramón Mercader, la tumba de Caridad del Río parecía destinada a desaparecer –y quizás ya haya desaparecido–, porque hay historias y muertos con los que nadie quiere quedarse.

